Publicado: Sábado, 11 Noviembre 2017 20:39
Escrito por Nicolás Álvarez de las Asturias

La vocación y el Evangelio de la vocación en el contexto actual

Intervención del teólogo **Nicolás Álvarez de las Asturias**, durante la *25 Jornada Sacerdotal*, el pasado 17 de octubre, organizada por el *Aula Sacerdotal Esgueva*, de Valladolid, con el lema "Descubrir el proyecto de Dios en la propia vida", cuyos actos se celebraron en el centro cultural *El Rincón*, de Tordesillas.

Proponer, discernir y acompañar las vocaciones

El contenido de la conferencia se enmarca dentro del tema elegido para el próximo Sínodo de los Obispos que se celebrará en Roma en octubre de 2018: ***Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional****.*

Introducción

«Anunciar la alegría del Evangelio es la misión que el Señor ha confiado a su Iglesia... La Iglesia ha decidido interrogarse sobre cómo acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y la vida en plenitud». Con estas palabras introduce el Documento preparatorio el objetivo de la próxima asamblea sinodal, a la vez que lo contextualiza. En efecto, poder reconocer y acoger la llamada de Dios es, literalmente, "evangelio" –buena noticia– y, por tanto, motivo de alegría.

En la elección del tema parece resonar con fuerza aquella convicción permanente en la Iglesia de que «el hombre no puede vivir sin amor» y de que «el hombre es el camino de la Iglesia».

Pero, a la vez, la elección del tema, pone de manifiesto la problematicidad que la propuesta vocacional tiene en nuestro tiempo, así como la constatación de las dificultades que se experimentan, tanto en el proceso de descubrimiento y discernimiento de la propia vocación como en su acompañamiento eclesial.

Por ello, si se quiere contribuir a la reflexión solicitada por el Santo Padre, resultará necesario, en primer lugar, reflexionar sobre qué es la vocación y cómo explicarla de un modo comprensible y fecundo para los jóvenes de hoy. Solo en dicha reflexión podrá fundarse un intento de propuesta de acción pastoral en el campo del discernimiento y acompañamiento de las vocaciones, objeto principal de esta conferencia.

I. La vocación y el evangelio de la vocación en el contexto actual

Phoca PDF

1. Vocación como categoría teológica fundamental

En cierto sentido, puede afirmarse que la palabra vocación es polisémica desde el punto de vista teológico. Se refiere, en efecto, primeramente a una realidad universal, que tiene su fundamento en la voluntad salvífica de Dios y que hace, por tanto, a cada hombre su interlocutor, llamándole, en la Iglesia, a la santidad y al apostolado.

Pero, a la vez, por vocación entendemos el designio particular, singular e irrepetible de Dios por cada hombre, que es expresión de su amor y que constituye, desde el punto de vista del hombre, la luz que ilumina el sentido de su existencia, situándole de un modo concreto en y ante la Iglesia y el mundo. Es de esta segunda acepción de la que se ocupará la próxima asamblea sinodal y, por tanto, también esta conferencia.

Estas dos grandes acepciones encuentran su fundamento en la Sagrada Escritura y cada época histórica ha encontrado su propio modo de explicarlas, partiendo de su propia comprensión del texto sagrado y –en un tema tan sensible para la vida de la Iglesia– de los acentos en los que se percibía importante incidir en la pastoral vocacional.

En este sentido, considero que el presente contexto teológico y eclesial obliga a presentar la teología de la vocación a partir de tres coordenadas principales: la comprensión de la relación entre el hombre y Dios en clave de diálogo y de diálogo de amistad, en primer lugar; el carácter precedente de la vocación bautismal, de la que toda otra vocación es concreción y que permite entender toda llamada particular como servicio a la Iglesia, en segundo; y, finalmente, el reconocimiento del carácter histórico del hombre, que lleva necesariamente a una comprensión dinámica de la vocación.

a) Carácter dialógico

Un primer dato debe tenerse en cuenta: en la Escritura, antes que "reflexión sobre la vocación" hay "relatos de vocación"; narraciones que presentan la intervención de Dios en la vida de determinados hombres en orden a una misión determinada y la respuesta de éstos.

Un segundo dato es que la vocación como categoría antropológica y teológica incluye la respuesta libre del hombre. Solo cuando se da dicha respuesta puede hablarse de vocación en sentido pleno, puesto que solo entonces empieza a realizarse. Por eso ha podido decirse, con razón, que la respuesta configura la llamada.

Ahora bien, entender así la vocación, significa entenderla como el

Phoca PDF

encuentro entre dos libertades –la de Dios y la del hombre– en un clima de libertad. Por eso, desde el punto de vista antropológico, la gran pregunta es, cómo puede el hombre responder libremente a la invitación gratuita y amorosa de Dios. No es una cuestión sencilla y no será poco apuntar algunos elementos que ayuden a encontrar una respuesta.

Desde luego, vale la pena insistir, la respuesta pasa necesariamente por crear las condiciones para que la vocación pueda entenderse en términos de libertad. Libertad que, viniendo garantizada por parte de Dios con el carácter no evidente de su llamada, debería serlo también por un planteamiento no excesivamente centrado en las posibles consecuencias de no secundar la invitación divina.

Pero la libertad no es solo ni principalmente ausencia de coacción externa. Es también capacidad de elección y, más radicalmente aún, capacidad de autodeterminación y de adhesión. No basta la *libertad de*, sino que resulta imprescindible la *libertad para*, en su sentido más profundo: el que trasciende la posibilidad de optar entre cuestiones más o menos banales para permitir encontrar un sentido por el que vivir, sentido que siempre es alguien: solo vive con sentido quien vive por alguien y para alguien. En otras palabras, solo el amor es motivo suficiente para poner en juego hasta el fondo la libertad. Y, a la vez, el amor, no consiente de una libertad vivida a medias. La lógica del amor es la de la una adhesión por la que, renunciándose al resto, uno se sabe agraciado, vencedor. Las parábolas de la perla preciosa y del tesoro escondido lo ilustran con maravillosa fuerza.

b) Eclesialidad

La llamada de Dios se percibe en la Iglesia, se recibe para la Iglesia y es concreción de la primera y fundamental vocación que, constituyéndonos en hijos de Dios por el bautismo, nos hace contemporáneamente miembros de una comunidad unida por profundos vínculos sobrenaturales. En la medida en que el cristiano no puede entenderse al margen de la Iglesia, sino que lo es en la medida en que es Iglesia –en esa misma medida–, toda vocación es eclesial por su misma naturaleza.

La mediación de la Iglesia en el planteamiento y seguimiento de la propia vocación se expresa en términos de ayuda, de discernimiento y de autentificación. De este modo, la Iglesia se presenta ante los ojos de cada hombre como el lugar propio e imprescindible –por querido por Dios– de su diálogo vocacional, liberándolo de todo subjetivismo, a la vez que garantizando y protegiendo su carácter plenamente personal; se convierte así en la "patria" espiritual de cada vocación. Cómo lograr que estos tres "mensajes" sean percibidos de modo significativo por

Phoca PDF

los jóvenes, es una de las tareas de la pastoral vocacional, de la que se hablará posteriormente.

c) Historicidad

El diálogo vocacional se desarrolla en la historia. Por ello, resulta necesario tomar en consideración tanto el carácter histórico del origen psicológico de toda vocación, como su necesidad de maduración para ser plena y fecundamente asumida.

La vocación, en efecto, es, en primer lugar, algo que se descubre. Esto quiere decir, básicamente, que irrumpe como una novedad de sentido en una vida que discurría por una senda diversa. Y que irrumpe en un tiempo preciso, aunque no necesaria, ni siquiera habitualmente, en un instante.

Por otra parte, que el descubrimiento de la propia vocación venga ordinariamente acompañado del sentimiento de la propia indignidad, del miedo "a no estar a la altura", indica la necesidad que tiene dicho "descubrimiento" de asentarse y tomar cuerpo; en una palabra, de madurar. Se comprende muy bien, por ello, que toda vocación particular cuente con un periodo previo de preparación, que se traduce también en incorporaciones parciales a la institución a la que la persona se siente llamado.

Ahora bien, si la condición histórica del hombre es relevante para comprender su proceso de descubrimiento y de maduración, lo es también —y de modo fundamental— en su desarrollo: el acierto en la vocación, cuando ya se ha abrazado plenamente, se mide existencialmente por su vivencia fiel. Fidelidad que es consecuencia del carácter dialógico de la vocación, que no se nos da como un todo cerrado, sino que queda constitutivamente abierta a seguir escuchando las llamadas de un Dios que, «porque, es fiel, no puede negarse a sí mismo» (*2 Tm* 2, 13).

2. El evangelio de la vocación en el contexto actual

El evangelio de la vocación se presenta, pues, como diálogo de amor en la Iglesia entre Dios y un hombre caracterizado por su condición histórica, y tiene en el hombre de hoy su interlocutor concreto. De ahí que toda reflexión pastoral (que es mediación entre el anuncio y el receptor, con el fin de que se produzca auténtica comunicación) exija pensar sobre la situación concreta del destinatario del mensaje. ¿Quién es, en último término, el hombre, el joven de hoy?

Una constatación que casi parece superflua es que el hombre de hoy es, en su núcleo más esencial, el hombre de siempre. Algo que se pone manifiesto, por ejemplo, por la permanencia de los grandes

Phoca PDF

interrogantes, magistralmente presentados en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*.

Pero esta afirmación –la permanencia de los grandes interrogantes como signo de lo que significa ser verdaderamente hombre– parece que es, sin embargo, la gran dificultad con la que se encuentra la Iglesia hoy. ¿No hay, en efecto, muchos indicios –y así lo explican tantos filósofos–, de que precisamente el hombre de hoy se caracteriza por un profundo desinterés por las grandes cuestiones? Ante un hombre que ya no se interroga por el sentido de la vida; ante chicas que –por citar la conocida canción– «ya no quieren ser princesas» y en el que el hombre ha dejado no solo de pensar, sino también de soñar, ¿qué posibilidades quedan para que la propuesta de la vocación, tal y como la Iglesia la realiza, tenga sentido y sea acogida por los jóvenes de hoy?

La respuesta pasa –al menos esta es mi propuesta–, por asumir no solo la caracterización de la situación actual, sino también el hecho de las frustraciones que acarrea, y que ponen de manifiesto sus límites; límites que acaban por generar insatisfacción.

Si tomamos como punto de partida, por ejemplo, el análisis de la sociedad que realiza el filósofo Gilles Lipovetsky en su obra *De la ligereza*, percibiremos el acierto de su descripción y nos asombraremos de la perspicacia con la que retrata los modos actuales de afrontar todas las dimensiones de la existencia, adjetivándolos como *ligeros*. Pero, no dejaremos de asombrarnos, también, ante el modo en que detecta la venganza que produce este modo de pensar sobre las expectativas del hombre, sumiéndole en una vida tremendamente pesada.

En esta obra de Lipovetsky encontramos dos tipos de referencias al cristianismo: por una, parte una caracterización de éste en términos de ligereza, como el modo en que todo fenómeno religioso es vivido e interpretado por quienes han asumido consciente o inconscientemente esta filosofía de vida. Por otra, como una respuesta arcaica (*premoderna*, dice él) a lo que hoy se busca resolver ignorándose. Porque esto sería en último término la gran pretensión de la ligereza: sentirse bien sin mucho esfuerzo y renunciando a pensar en exceso.

Se abrirían, por lo tanto, a la luz de estos análisis, dos posibilidades para el cristianismo: o bien aprende a presentarse como un producto hipermoderno, asumiendo pacíficamente una nueva función, que se mide por el bienestar espiritual que produce en el usuario o consumidor (que eso será en último término el cristiano); o bien afronta el desafío de negar que su propuesta sea "premoderna", intentando poner de manifiesto que es, en realidad, la respuesta a las aporías que se revelan en este modo de entender la sociedad y de

Phoca PDF

entenderse. Parece claro que la decisión que se tome al respecto condicionará de modo radical la pastoral de la Iglesia, también en la cuestión de las vocaciones. Llegamos así a la segunda parte de esta conferencia.

II. Proponer, discernir y acompañar las vocaciones

Si la teología pastoral deriva sus principios de la fe, entonces convendrá aceptar la tremenda problematicidad que para la pastoral vocacional tendría asumir la propuesta de un cristianismo *ligero*. En efecto, en él, nociones como compromiso, irrevocabilidad y renuncia, por señalar tan solo algunos, desempeñan un papel secundario y, por supuesto, opcional. Con la dificultad añadida de su difícil encuadramiento intelectual en una propuesta que explícita o implícitamente toma como punto de partida y finalidad última del cristianismo, "sentirse bien desde el punto de vista religioso". No es de extrañar, por tanto, que en una reflexión que adopta este punto de partida, la pastoral vocacional vaya necesariamente unida a un "repensamiento" del contenido y de las exigencias de cada vocación concreta, generalmente buscando disminuirlas. Reviven así, por ejemplo en el caso de la vocación sacerdotal, iniciativas que postulan un sacerdocio *ad tempus* o el celibato opcional. Porque sólo una vocación *ligera* puede ser asumida por un cristiano ligero.

Hacer derivar la pastoral de los principios de la fe significa, por tanto, dejar que la acción se ilumine por el punto de llegada, que viene definido por naturaleza de la vocación (que es de lo que hemos hablado en el primer apartado) y también por la identidad precisa de cada vocación particular (cuya presentación excede los límites de mi intervención). Determinar el punto de llegada, permitirá reconocer el modo de afrontar el punto de partida y los medios para recorrer la distancia entre uno y otro. Ese será el itinerario que recorrerán las reflexiones que siguen.

1. El punto de llegada: una vocación adecuadamente asumida

Parece lógico afirmar que el punto de llegada de la pastoral vocacional no puede ser el "descubrimiento" del propio camino; ni siquiera ayudar a que se emprenda con generosidad y liberalidad de ánimo. Si no se olvida que toda acción de la Iglesia es, por voluntad de Cristo, servicio al hombre, el fin no puede ser otro que ayudarle a vivir su vocación como su camino de realización y plenitud. Por ello, un planteamiento pastoral que no tenga como base la educación para la fidelidad gozosa e irrevocable, es un planteamiento condenado al fracaso y que, desgraciadamente, dejará por el camino muchas personas desencantadas, quizás para siempre.

Phoca PDF

2. El punto de partida: la función "mayeútica" de la pastoral

Difícilmente se llegará a una meta así partiendo de una humanidad ligera, de un cristianismo ligero. Por eso, resulta necesario asumir que el punto de partida de la pastoral vocacional no es el hombre de hoy tal y como se presenta y se vive a sí mismo, sino el hombre de siempre, que debe ser descubierto en cada uno de nuestros contemporáneos. En este sentido la pastoral tiene una imprescindible función mayeútica: para que el hombre de hoy, el joven de hoy, se atreva a reconocerse en toda la seriedad de su existencia, es imprescindible animarle a pensar, a querer, a soñar. En definitiva, hay que ilusionarle con la grandeza de su propia vida. Por utilizar un verbo de raigambre paulina: hay que *despertarle*.

Enseñar "a vivir", despertar de los efectos anestesiadores de la cultura dominante es el punto de partida de toda pastoral vocacional que, por ello, se inserta con naturalidad en el conjunto de la pastoral juvenil. Porque, no lo olvidemos, la pastoral es, esencialmente "acción". Que muchos jóvenes se "despiertan" porque "han tocado fondo" o han tenido experiencias de sufrimiento, es un dato de experiencia. Pero la pastoral no consiste en "esperar" a que la vida despierte a los jóvenes a base de sacudidas, sino en encontrar caminos para que esto suceda en el curso de su vida ordinaria, deseablemente buena y sin grandes traumas. Cómo lograrlo, es la pregunta por los medios; y la respuesta necesariamente será, de nuevo, parcial.

3. Medios: los imprescindibles

Una película que marcó profundamente a los que empezábamos a ser jóvenes a finales de los años ochenta del siglo pasado -*El club de los poetas muertos*- prácticamente comenzaba con una adaptación de unas frases de Henry David Thoreau:

«Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente; enfrentar solo los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar, para no darme cuenta, en el momento de morir, que no había vivido».

Eran unas frases que rápidamente sintonizaban con los deseos que anidaban en los corazones de los protagonistas, hasta entonces sofocados por una vida entendida en clave de "hacer lo que tocaba o lo que se esperaba de ellos". Y los despertaban, para que se buscaran auténticamente, es decir, para que se preguntaran quiénes eran, pero, sobre todo, quiénes querían ser.

Hasta aquí la enseñanza de una película que, ya digo, ayudó a "soñar" a toda una generación, aunque el desenlace ofrecido por Peter Weir

Phoca PDF

fuera a la postre decepcionante. Lo escrito por Thoreau tiene, sin embargo, más recorrido. Muestra al menos la necesidad de un ambiente ("los bosques") y de un lugar (la propia interioridad, como lugar de reflexión profunda sobre uno mismo), para que el "despertar" y sus consecuencias (una vida auténtica) sucedan. Ambiente y descubrimiento de la interioridad constituyen, pues, los dos primeros medios necesarios para toda pastoral vocacional.

a) Ambiente

Consideraba Benedicto XVI que la primera misión de la Iglesia respecto a los jóvenes, era la de ofrecerles "espacios" donde pudieran salir de las aguas irrespirables de su ambiente habitual y abrir así sus pulmones al viento fresco del Evangelio.

Hacer de cualquier escenario en el que la Iglesia desarrolla su pastoral juvenil, un ambiente donde pueda "respirarse el evangelio" y pueda aprenderse casi por contagio, constituye, pues, el primero de los desafíos. Para ello, al menos tres elementos deberían tenerse en cuenta:

El primero es que debe ser un ambiente en el que pueda percibirse un verdadero interés por ellos (por los jóvenes) y por "sus cosas" (inquietudes, aficiones...), único punto de partida posible para abrirles a horizontes mayores, los que les dan auténtica humanidad: una pastoral juvenil centrada solo en la diversión o el deporte, difícilmente es vocacionalmente eficaz, aunque divertirse y hacer deporte sea lo que inicialmente más les apasione. Los últimos pontífices han insistido en el atractivo que los jóvenes experimentan por los grandes ideales: la generosidad, la justicia, el servicio, el amor.

En segundo lugar, en ese ambiente, la presentación del evangelio en su integridad debe hacerse en términos de esperanza antes que de exigencia. No hay que olvidar que la acción mayeútica de la pastoral se realiza sobre personas imbuidas de una cultura del éxito y del rendimiento. Una cultura que produce inmensas fracturas y lleva a recortar las metas y las expectativas de la propia vida por puro miedo al fracaso. El ya antiguo "Yes we can" que llevó a la Casa Blanca a Barack Obama puede ser una expresión de voluntarismo. Sin embargo, si se entiende en clave de confianza en la acción de la gracia, que necesita de la apertura del corazón y del tiempo, puede ser también un lema para caracterizar el ambiente del que se está hablando.

Finalmente, un ambiente en el que reine el interés sincero por los jóvenes, y en el que se confía en sus capacidades dándoles los instrumentos necesarios para que crezcan y maduren, solo puede estar

Phoca PDF

presidido por un clima de auténtica libertad; libertad que —y este es un punto importante— debe ser experimentada realmente por los jóvenes, pues su falta —también la falta de percepción de la libertad, aunque sea una percepción distorsionada— falsifica por completo cualquier proceso de crecimiento, y acaba por esterilizar cualquier tipo de acción pastoral. Solo la percepción y la experiencia de la libertad, entendida como inmunidad a la coacción, hace posible que un joven abra la puerta de su corazón y se deje ayudar en algo tan personal e íntimo como crecer en la libertad de autoposesión y en la de adhesión.

b) Descubrimiento de la interioridad

Los "bosques" eran el ambiente propicio para que Thoreau lograra pensar profundamente sobre sí mismo. Un ambiente para descubrir, en definitiva, la propia interioridad que -por manifestar el centro mismo de la persona-, se convierte en la única instancia desde la que poder vivir de modo auténtico.

Ahora bien, ¿cómo acompañar a los jóvenes en este viaje a la interioridad? En primer lugar, siendo conscientes de los "fenómenos" propios del mundo interior y orientando a cada persona en la correcta "gestión" de éstos.

El descubrimiento de la interioridad o intimidad ocurre generalmente en la adolescencia y tiene tres manifestaciones principales: la conciencia de un *proprium* que solo debe ser comunicado a quien uno quiere (y de ahí la aparición de confidentes elegidos -los amigos— en un lugar que hasta entonces correspondía a los padres); la necesidad de manifestarse como irrepetible (con la consiguiente necesidad de hacer propios los valores recibidos o de contestarlos con vehemencia); y la conciencia de la temporalidad (inicialmente hacia el futuro, en forma de sueños y proyectos cada vez más realistas; en un momento posterior, en la toma de conciencia del pasado, de la propia historia, y de su carácter a la vez revelador y condicionante).

A la luz de estas grandes manifestaciones de la interioridad se entiende la importancia fundamental de enseñar a confiar, y de enseñar a confiar en quien se hace digno de ello. Lección que solo puede impartirse si se es consciente de que la confianza solo puede "inspirarse" (y eso depende en parte del "maestro" y en parte del "alumno") y "entregarse" (y eso depende únicamente del "alumno"). Hasta qué punto el genuino interés por la persona, la discreción y la delicadeza (muchas veces en forma de paciencia) son actitudes que inspiran confianza, no resulta necesario explicarlo.

La apertura de la intimidad permitirá acompañar al joven -siempre en el ámbito del consejo y de la amistad- sugiriéndole los medios

Phoca PDF

necesarios para que pueda crecer y convertir así en realizables sus opciones y sueños.

Se entiende por ello, que el acompañamiento personal haya sido un gran medio de profunda raigambre en la tradición de la Iglesia y expresión elocuente de su servicio a cada persona. Pero también que no sea el medio principal. En efecto, el acompañamiento, si quiere serlo auténticamente, debe ser instancia en la que se enseñe sobre todo a escuchar la voz de Cristo; que enseñe a hacer oración. El acompañante aparece así revestido de la peculiar dignidad de emisario del Rey, de amigo del Esposo; y nada más. Por eso, debe ser, antes que nada, maestro de oración.

Enseñar a escuchar la voz de Jesucristo que resuena en el propio corazón; ése es el gran desafío de toda la acción pastoral de la Iglesia y, desde luego, de la pastoral vocacional, puesto que es Él quien llama, quien debe ser respondido y quien sale fiador de la fecundidad de la respuesta generosa.

c) Discernimiento: el punto de inflexión

"Ambiente" y "lugar", que son necesarios para tomar una decisión de modo que pueda ser acertada y conforme a la naturaleza de la llamada (respuesta de amor irrevocable). En este contexto, el "discernimiento" tiene, entre los medios, razón de fin. Se convierte en el instrumento adecuado para que la persona descubra su propio camino y pueda abrazarlo.

Dicho discernimiento, al que debe conducir toda la pastoral vocacional, se realiza, según las enseñanzas del Papa explicitadas en el Documento preparatorio de la próxima asamblea sinodal, a través de tres acciones: reconocer, interpretar y elegir. La lectura de este Documento pone de manifiesto tanto que en el proceso de discernimiento no debe dejarse solo al interesado (de otro modo no habría acción pastoral).

En efecto, el servicio de la Iglesia al hombre no se contenta con garantizar que la decisión vocacional se tome con la absoluta sinceridad existencial propia de toda decisión vital auténtica. Ayuda también a que la decisión sea verdadera, es decir, conforme a la posible adecuación entre las capacidades del sujeto y el contenido de la llamada percibida, que determina necesariamente la posibilidad real de la vocación en cuanto opción de felicidad y fidelidad. Por ello, el discernimiento comporta un juicio de idoneidad -que corresponde a la autoridad eclesiástica competente en cada caso-, y que es un genuino servicio eclesial en favor de la verdad de cada vocación.

Phoca PDF

4. Recorrido: aprender (y enseñar) a "gestionar" los tiempos

La importancia que tiene el carácter histórico del hombre en la comprensión de la vocación, exige –aproximándonos ya a las conclusiones– reflexionar sobre la incidencia de la temporalidad en la acción pastoral de la Iglesia en la cuestión vocacional.

En este sentido, habría que comenzar por afirmar que lo que el Papa quiere que sea característico de toda la acción evangelizadora de la Iglesia ("generar procesos" más que "ocupar espacios") es algo ya presente en todo acceso a una vocación particular en la Iglesia. La cuestión no, es por tanto, generar un proceso, que ya existe, sino reflexionar sobre cómo debe vivirse para que cumpla su función. Una vez más, aquí solo pueden darse unas orientaciones generales.

La primera se refiere al modo de recorrer el tiempo que media entre la decisión y su culminación, periodo que –de un modo u otro– suele estar marcado por una intensa formación inicial. En este campo, la indicación ofrecida por la nueva *Ratio* sobre la formación sacerdotal puede ser universalizada a cualquier camino vocacional particular. Ésta lo presenta, por una parte, como un tiempo que debe ser vivido "en primera persona", es decir, huyendo de toda impresión de "cinta transportadora" que cuasi automáticamente termina en el momento de la asunción plena de la propia vocación. Por otra parte, lo entiende en términos de potenciación de la propia personalidad, no de una suerte de "homologación" igualitaria. No es, en fin, un tiempo de perseverancia en la decisión tomada, sino precisamente de discernimiento, que consienta verificar si la decisión tomada se corresponde con las condiciones propias.

La segunda tiene que ver con la cuestión del tiempo más oportuno, tanto para el planteamiento de la vocación, como para los sucesivos pasos intermedios entre la decisión primera y su culminación definitiva. Quizás lo más sensato sea afirmar que no es posible dar reglas generales. De nuevo, el empeño de la *Ratio* para la formación sacerdotal en insistir en la personalización de los ritmos del proceso es universalizable.

Con todo, en el caso de la propuesta vocacional primera (porque la Iglesia siempre ha entendido que la vocación se puede proponer), se pueden señalar tres elementos que debería tener presente quien realiza la propuesta a la hora de formarse el juicio de prudencia: que la persona debe estar capacitada mínimamente para afrontar la cuestión y que, por tanto, tiene ya una cierta "vida interior"; que la llamada va a ser probablemente respondida en términos de cambio de vida, de lucha auténtica por acercarse más a Dios y a vivir con más coherencia; y, finalmente –teniendo en cuenta que una propuesta vocacional es siempre

Phoca PDF

una cierta anticipación a algo que en un contexto cristiano viene normalmente de suyo-, que se den los motivos para pensar que "no intervenir" iría en detrimento del bien de la persona.

Conclusiones

«Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación». Las conocidísimas palabras de la *Gaudium et spes* sirven para concluir esta conferencia. Sólo a la luz de Cristo, en diálogo con Él, puede el hombre conocerse en toda su grandeza. Grandeza de origen, fundamento de su dignidad inalienable y del carácter insuplantable de su propia libertad. Pero también grandeza de destino, el de colaborar en el plan salvador de Dios, que culminará en destino de gloria al consumarse entonces para siempre esa relación de amor, que es cada vida, cada vocación.

El sentido de cada vida debe ser pues iluminado por la luz de Cristo, que moviliza todas las fuerzas del espíritu humano como solo el Amor es capaz de hacerlo: ésa es –en palabras de san Josemaría– la «fuerza vital, que tiene algo de alud arrollador» y que «otros llaman vocación». Vocación en sentido pleno, es decir, cuando la respuesta ha configurado adecuadamente la llamada, «que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio», llevando «a tomar una posición en la vida» que se mantendrá «con ilusión y alegría, llenos de esperanza, hasta el trance mismo de la muerte».

Este diálogo de salvación y de plenitud acontece en la Iglesia como en su lugar propio, y la pastoral vocacional está al servicio del hombre en este diálogo. Busca ayudarle a dar una respuesta de amor, fiel e irrevocable en los términos propios de su condición, siempre envuelta en debilidad y pecado. Para ello es consciente de su deber de cooperar a la liberación del hombre de tantas ataduras (morales, a veces, culturales otras), que le impiden reconocerse en su grandeza de origen y de destino y de realizarse –como protagonista de su propia vida– en fidelidad a su propio ser.

Describiendo su propia experiencia espiritual, afirmaba san Pablo no estar seguro de haber «alcanzado la meta ni logrado la perfección, pero —añadía— sigo mi carrera con la esperanza de alcanzarla, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús». Y remachaba: «hermanos, yo no pretendo haberlo alcanzado. Digo solamente esto: olvidándome del camino recorrido, me lanzo hacia adelante y corro en dirección a la meta, para alcanzar el premio del llamado celestial que Dios me ha hecho en Cristo Jesús». Para concluir de modo lapidario: «así debemos pensar los que somos maduros» (cf. *Flp* 3, 12-15).

En un pontificado en el que continuamente se nos exhorta a la

Phoca PDF

"conversión pastoral", sería pretencioso pensar que ya se ha alcanzado una pastoral vocacional plenamente satisfactoria. En este espíritu de conversión, que tan bien cuadra con el texto paulino, se enmarcará la reflexión del próximo sínodo de los obispos; es el mismo espíritu con el que se ha querido preparar y pronunciar esta conferencia.

Muchas gracias por su atención y paciencia.

Nicolás Álvarez de las Asturias
Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid)

Phoca PDF